

Recordando a David Chericían

AHORA QUE HA MUERTO MARLON BRANDO, HE VUELTO A acordarme de David Chericían, quien falleció hará un par de años, pero que, menos afortunado que Brando, no murió en su casa sino en Bogotá, donde la prensa, por cierto, le dio a su deceso categoría de pérdida nacional. Lo digo porque en Cuba, fuera de su muy reducida familia, sus escasos íntimos y algunos privilegiados con acceso a Internet, muy pocos saben que el poeta de los niños ha muerto. Al principio, huyendo de las autoridades de inmigración, pero protegido por los excelentes amigos colombianos, que le proporcionaban trabajo de traducciones y le publicaban sus libros, vivía David desde febrero de 1995 en la alta, muy alta y hermosa Bogotá, ciudad donde, si Dios habita en el cielo, entonces en aquellas alturas se estaría dos mil seiscientos metros más cerca de Él. Esta ayuda al poeta fugitivo que había salido de su país en busca de aire puro, a estirar las piernas por un rato y a gritar si le diera la gana, demuestra el raro don del colombiano en cuestiones de amistad, pone a prueba su infinita tolerancia; pues David, aun estando sobrio, podía ser aborrecible. Y lo era. Nunca supo callarse la boca. En la UNEAC, una mañana hirió profundamente a Nicolás Guillén que se tuteaba con él, cosa rara en Nicolás que me aconsejaba: «Usted siempre ponga el “usted” por delante; después haga cuentos de relajo si quiere, pero sin retirar el “usted”».

Ambos, David y yo, éramos en ese tiempo los mejores amigos jóvenes de Nicolás y, de hecho, quizá sus únicos amigos, pues, con muy buen tacto, Nicolás detestaba a los viejos, machos y hembras. «Eso se pega», decía. David, que entre sus muchas habilidades tenía la de ser buen cocinero, a menudo nos llevaba a comer al diminuto pero iluminado cuarto, casi una caja de zapatos, donde vivía en Zanja con Elsa Claro, su mujer de entonces, y luego a la casa de Santos Suárez que a poco le dieran a Elsa. Otras

Rafael Alcides

veces, cocinábamos en mi casa de la calle 16 en el Vedado. Pero en Zanja, en Santos Suárez o en casa, conmigo de asistente y Nicolás de pinche evocando chistes y coplas de la picaresca española, lucíase David pasando por la candela en una sartén engrasada, vegetales, carnes y fideos hasta obtener un *chow mein* tan exquisito como nunca fuera hecho ni en el famoso Pacífico del barrio chino, restaurante en el que, por cliente habitual (era todavía un restaurante privado), querían los chinos del lugar hacer a Nicolás «chino honorario». También hacía David un arroz frito que, al decir de Nicolás, mataba del corazón. Otras veces nos íbamos a cenar con la caída de la tarde —Nicolás espagnolamente decía «cenar», no comer— al Templete, al Centro Vasco, al Rancho Luna, a la Bodeguita del Medio o caíamos en el Pacífico.

Yaquella mañana en que David lo injuriase, acababa Nicolás de escribir su poema «Che Comandante» para la velada solemne que en horas de la noche tendría lugar en la Plaza de la Revolución con motivo de la desaparición física del Che.

Yo conocía el texto; Nicolás me había mandado a buscar a casa con su chófer Jacomino para dármelo a leer, porque pensó que yo le daría ánimos en aquel duro momento, pero no me gustó el texto, no me pareció bueno y, además, lo hallé tocado aquí y allá, contaminado por el peor Neruda; pero considerando que eso sería más grave que mentarle la madre, no se lo dije. En cambio, David, que podía recitar de memoria toda la obra de Nicolás, pero que también respetaba al Che, no se midió. Poniendo cara de asco, volvió el pulgar hacia abajo como en sus días de tirano de Roma en la otra vida y ahuecando el vozarrón le dijo con todas sus letras: «¡Oh..., esto es una mierda, Nicolás!». Nicolás sabía que no había escrito un buen texto, pero; se lo habían encargado por teléfono de un día para otro, y eso fue lo que le salió. Precisamente, porque sabía que no era un buen texto, escribiría después dos más que tampoco lo dejaron satisfecho. Uno de ellos, «Lectura de domingo», poema del cual conservo, salvados del comején del mueble donde guardaba el manuscrito completo, algunos fragmentos de las treinta y cinco versiones escritas con lápiz que durante amaneceres y amaneceres fue aumentando y disminuyendo, tachando y volviendo a empezar, hasta llenar setenta y tantas páginas de las que por fin sacó los treinta y ocho versos que contiene el texto. «Tenga, poeta», me dijo solemne al entregarme aquel frondoso manojo de papeles. «Si un día, cuando pase el tiempo, se ve apurado de dinero, no dude en salir de la pobreza por un rato usando este manuscrito». Obviamente, esto ya nunca ocurrirá. Pero como los poetas hasta equivocándose aciertan, las palabras que acompañaron aquel desaparecido documento del que saliera uno de los tres poemas nicolasianos sobre el héroe más popular del siglo xx, me sirvieron de licencia treinta años después para que en un día negro, uno de esos días de necesidad en que uno no tiene ni para comprar la leche de sus hijos, acudiera sin remordimientos de conciencia a una tienda de la Oficina del Historiador de la ciudad de La Habana donde la tendera, con el ojo experto y glacial con que se escrutan las joyas, los pantalones y los zapatos que son llevados al monte de piedad, ofreció trescientos dólares con cara de lo

toma o lo deja por mi hasta entonces sagrado ejemplar de *En algún sitio de la primavera*. Hablo de la elegía de 1966 escrita por Nicolás cuando lo dejó la bella Sarita que tan codiciada era en la UNEAC, e impreso en edición privada de once ejemplares, de los que todavía oliendo a tinta me dedicó el número 6. Es un desesperado texto lleno de corazón, todo adolescencia, todo rubor, con ayes de neomeolvidos y temblorosos velos fúnebres al fondo, del que existía una recóndita edición en checo, pero que en español no vino a ser publicado hasta el año 92, y esto todavía un poco clandestinamente, con algo de temor (estamos hablando del Poeta Nacional), en una revista de literatura que no lee ni su director, Ángel Augier, a quien ya le picaba la mano por dar a conocer aquello y sentarse a mirar como lo hubiera hecho Nicolás.

Con el tiempo, dejó Nicolás de lamentar el desplante de David, pero ya nunca volvió a invitarlo a cenar. «Ese hombre no tiene porvenir», me decía. «En definitiva, yo soy un poeta y lo de él está por ver, aunque no voy a negar que tiene cierto talento, al menos tiene oficio». Nicolás amaba el oficio. Y admiraba en David, sobre todo, su destreza con la rima y su amor por las formas y metros consagrados por la tradición española, en las cuales, al igual que él mismo, no dejó David estrofa ni combinaciones métricas por explorar. Los recuerdo a ambos cuando, en los días anteriores a la injuria, se enfrascaban en largos duelos de sonetos contrarreloj, con límite de tres minutos, escritos en servilletas de papel y tomando como tema, digamos, el ómnibus que se perdía a lo lejos, el lacito mal hecho del camarero que nos atendía, la «r» gutural de Alejo Carpentier o al gordo muy solemne que acababa de entrar en el restaurante con la espléndida muchacha que de ningún modo se merecía. Nicolás era muy agudo, muy simpático y peligroso como una navaja a la hora de tomar a uno de los santones del momento, el que fuera, y dejarlo convertido en un epigrama que, echado a rodar por él mismo, aparecería al día siguiente en las calles como algo que al pasar dejara el viento. «¿Ha oído usted lo que los depravados andan diciendo por ahí?». Ése era su método. Tampoco en esas pequeñas venganzas se le quedaba atrás David.

Pero además de ingenioso y buen poeta, David cantaba, David bailaba, tocaba la guitarra, escribía libretos, los dirigía en escena y era actor, dones que exhibió durante un par de temporadas en el Teatro Musical de La Habana, del cual fue fundador con el hoy célebre director mexicano Alfonso Arau y el también mexicano y actor Federico Estenoz, muerto hace poco, haciendo teatro, en un estúpido accidente de cables eléctricos ocurrido en Nuevitas. Fue David uno de los niños estrellas de la radio nacional. En el año 48, cuando con un sueldo de sesenta pesos mensuales entraba el empleado en su casa cantando con aires de tenor de ópera que acabara de ser firmado con carácter exclusivo por la RCA Víctor, a él, de ocho años entonces, le pagaban ochocientos.

Tal vez, después no se acostumbró a no ser estrella. Pero ni el cigarrillo, ni ninguna otra pasión, ningún amor, ningún sueño sobre la tierra, fue tan consuetudinario en él como el de la poesía. Prologado por Raúl Ferrer, tenía a los diecisiete años listo para su publicación un atendible poemario titulado, precisamente, *Mis diecisiete años*, que abren unas décimas de homenaje a José

Martí. En total, escribió unas tres docenas de libros, de los cuales, por lo que me mostró en Bogotá cuando en el 2000 nos vimos por última vez, aún han de andar por ahí, inéditos, cinco o seis. De los editados, unos publicados en Cuba, otros en Colombia, quince o tal vez más son de poesía infantil, algunos de ellos aparecidos en ediciones de lujo bellamente ilustradas. Haciendo uso tanto del verso libre como de las formas sometidas al metro y la estrofa, airoso le vieron pasar la épica, la lírica y, en la sátira, el divertimento y hasta el relajo, aunque para mi gusto es en el tema del amor y el de la elegía, sobre todo en la elegía familiar, donde obtuvo sus mejores marcas. Excepto él mismo, y ocasionalmente Manuel Díaz Martínez y Francisco de Oráa, autores estos dos últimos de memorables sonetos, el resto de la Generación de los 50, empedernida cultora del verso libre (yo entre ellos), desdeñó metro y rima o las hizo a un lado para avanzar con entera libertad en busca de una poesía más inmediata, una poesía que registrara el tema del día y el vocabulario del hombre del día, una poesía que le restituyera a la Poesía los dones y funciones que tuviera la Poesía en sus comienzos. Fue una conciliación que David logró entre clasicismo y vanguardia, entre ruptura y tradición, por lo que no podría hablarse de dos Davides, el de *La onda de David*, libro casi terrorista de la década de los 60, y un David del siglo XIX al que se le demoró el tren, porque hasta soneteando fue un *bulldozer* abriendo caminos. Experimentador eterno, pasó hasta por los polos, bebió en todas las fuentes. Todavía hoy sin publicar, tenía terminado cuando le conocí *El más ebrio de todos*, deslumbrante libro que si el espiritismo existe, entonces aquél lo escribió Rimbaud utilizando su mano. En *Árbol de la memoria*, de 1971, hermoso y significativo libro de la Generación, vuelve a dar muestra de su facilidad para conectar con el Más Allá. Allí se deja poseer por Eliot, Apollinaire, Pavese y St. J. Perse; en un libro anterior, *Días y hombres*, por Whitman, y en *El autor intelectual*, excelente decimario, por su inseparable José Martí. En cierto modo, David Chericían era un genio. Pero nunca supo callarse la boca, ni enviar rosas de disculpa por teléfono ni dejar en paz la copa que podía hacerle daño. Esto le costó numerosos matrimonios y verse sin trabajo más de una vez, y aun segregado, prohibido como un camarón o una novela escrita por el enemigo.

Cariacontecidos, en cierta ocasión Eliseo Diego y otros dos poetas visitaron al presidente del Consejo Nacional de Cultura. Siguiendo instrucciones, el «político» del prestigioso concurso literario del cual eran jurados, no les permitía premiar el libro ganador, porque al abrirse los sobres que protegieran el anónimo, resultó ser, ¡ah, carajo!, un libro de David Chericían. El presidente del Consejo Nacional de Cultura, hombre culto y fino, los escuchó con preocupada atención y les manifestó su pena, pero no podía ayudarlos, él también recibía instrucciones. David era un mal ejemplo. No hacía tanto, por lo que le dijeran, se le había dado una nueva oportunidad de trabajar y la ensució en Moscú en cuanto se le permitió volver a viajar. «¿Lo aplastamos?», preguntó Eliseo, «¿o solamente le cortamos la cabeza?».

Era en la UNEAC donde trabajaba David cuando aquel mencionado viaje del desastre. Olvidado de la vieja injuria, Nicolás lo había acogido allí para

protegerlo. Le enviaron informe del incidente, pero él fingió ignorarlo. Los rusos, que pasados de copas suelen caerse como fardos en las recepciones o salir enloquecidos dando tumbos por las calles cubiertas de nieve a buscar a Hitler, cuando no a Stalin, para ahorcarlo, no habían protestado, tal vez ni se habían enterado, y el incidente era conocido en Cuba sólo por la denuncia que del mismo, cumpliendo con su deber de revolucionario, había hecho uno de los dos compañeros que viajaba con David. Entonces una mañana llegó alguien de rango a informarle a Nicolás, que por decisión superior, David no podía seguir allí. No deseando ver a David asaltar un banco, hablé con una persona que entonces era importante para que le consiguiera un trabajo, el que fuera. «Pero es que David tampoco se ayuda», me dijo la persona. «Se escribe y se habla por teléfono con su hermana gusana; durante años ha sabido a su madre en gestiones para irse para la gusanera a reunirse con su hija la gusana, y él todavía no se ha ido de la casa». «Pero es que ésa es su casa», protesté. «A menos que esté casado, ahí vive él». «Hay que darse su lugar», me contestó la persona entrando en el auto ya encendido y con el chófer acelerando.

Hablé entonces con David, que empezaba a noviar con la muchacha de su quinto matrimonio, Isa, la menor de las hijas del excelente pintor y profesor universitario de psicología, Ernesto González Puig. Con la idea de hacerle menos amargo el trago, le dije que la persona en cuestión, la del auto presuroso, me había dicho que dándose él de baja en su casa, tal vez Inmigración, siempre loca por obtener nuevas casas para nuestro pueblo trabajador, le dejara salir a la madre. Ni que me lo hubieran dicho al oído. David se dio de baja en su casa de toda la vida, se mudó para casa de Isa, y la madre obtuvo en un pestañazo el permiso de salida. Estamos a comienzos de los 70 y David no volvió a verla. Los americanos jamás le dieron la visa para visitarla en Miami, ni ella por su edad y sus achaques pudo venir a verle a él cuando años más tarde fueron autorizados a volver a la Isla por un par de semanas los exgusanos, los expátridas que después del 59 la habían abandonado desafiando el torrente de huevazos, tomates podridos e insultos que acompañó tales deserciones. Todavía en el Bogotá del 2000, dos años antes de que la muerte llegara por él a aliviarlo de su soledad, lo vi llorar por ella. O por él.

Estaba demasiado gordo, respiraba con esfuerzo y no podía andar sin bastón. De abundante pelo blanco y cerrada barba blanca desde muy joven, parecía ahora un patriarca que hubiese estado junto al Señor en los días de la Creación, corrigiéndole una y otra vez hasta que, cansado de enseñarle sin observar progresos, optara por dejarle solo, resultando de ello que el mundo sea esto que está usted mirando. Ya no bebía, ni recuerdo haberlo visto fumar. Presintiendo lo peor, había dejado dicho que lo cremaran y arrojaran sus cenizas mar afuera, en aguas de La Habana, para que la corriente del Golfo (digo yo, conociéndole) las arrastrara por el mundo como melancólico polvo de galeones imperiales que se hundieron, como los últimos restos de un gran naufragio. Última voluntad que sólo pudo cumplirse en parte, pues aunque inexplicablemente su muerte permaneció ignorada en Cuba, juicioso el ministro de Cultura, Abel Prieto, habilitó de inmediato a la más joven hija de

David para que se trasladara a Bogotá. Cremó allá a su padre la muchachita y volvió a La Habana con las cenizas bajo el brazo, pero todavía meses después seguía sin llegar el permiso del cuerpo de Guardafronteras para alejarse doscientos metros de la costa a cumplir la voluntad marina del hombre quien tantas veces, disculpándolo, entre amigos, comparé con «El albatros» de Baudelaire. Por fin, una mañana, los cuatro hijos de David, Marlene del primer matrimonio, Davisito del segundo, Diana y Nubia del quinto (en sus siguientes matrimonios él no tuvo hijos) fueron al reparto náutico. Davisito, que ya pasa de los cuarenta o anda por ahí, se remangó los pantalones hasta media canilla, entró valientemente en el mar y arrojó las cenizas que el viento y las olas trajeron de nuevo a la playa, tal vez porque David era verdaderamente un hombre de tierra. Como Adán.

Muerte inexplicablemente ignorada, dije, porque David, cuyos versos para los niños han estado o estuvieron presentes por más de treinta años en los textos escolares de Primaria, nunca se manifestó contra el actual régimen, ni en Cuba ni fuera de ella. Lo que tuvo que decir al respecto, lo dijo en privado o lo dejó hablando en la lectura varía y siempre otra que es todo poema, que es todo escrito. Haciendo inventario de su vida, me decía una vez riendo de mentiras, ya próximo a abandonar el país: «Somos un caso, mira tú. Primero nos costó diez años darnos cuenta de que nos habíamos equivocado, y después nos ha costado veinte años aceptar que nos habíamos equivocado».

Era el menor de la «Generación de los años 50», la generación más larga del mundo. Tan larga que de octubre del 40 él, que la cierra, y de marzo del 25 Rolando Escardó que la abre, cubre los años que a menudo median entre padre e hijo. Nunca perdió el tiempo. Traductor notable, y acaso el más abundante que ha tenido la Isla, perfeccionó el inglés aprovechando su matrimonio con una profesora universitaria educada desde niña en Estados Unidos; el francés lo había adquirido en un viaje de leyenda alrededor del mundo con un joven escritor español y un príncipe sudanés, a principios de la década de los 60, cuando todavía en Cuba podían emprenderse aventuras tales por cuenta propia. También conocía el italiano y el portugués. Este último, lo aprendió traduciendo una novela con la ayuda de un diccionario. Tomados de versiones en dichas lenguas, puso a hablar en español a los grandes poetas rusos, checos, búlgaros, polacos, húngaros, rumanos y de otras lenguas del desaparecido campo socialista, pero a hablar, a decir en español con el sentido, el sentimiento y la musicalidad con que lo hacen aquellos inmortales en sus respectivos idiomas. Es un don que él poseía y que una vez le oí encarecer a Eliseo Diego leyendo en voz alta en su casa un fragmento del *MacBeth* recién traducido por David para Arte y Literatura. «Es oír a Shakespeare», dijo Eliseo. Cuando se lo comenté, David repuso: «Es que yo soy Shakespeare...». Y convencido, agregó: «O lo era en ese momento».

Nos conocíamos de toda la vida aunque de niños no nos cruzamos; no pudimos cruzarnos, ya que cuando él en La Habana ganaba ochocientos pesos mensuales, yo, de quince años entonces, aprovechando el tiempo muerto que hacía cerrar la panadería donde era hornero unas veces y otras sobador y

maestro, trabajaba en las remotas 1009 del central Río Cauto por un peso sesenta centavos diarios y la comida, tumbando montes (la primera vez, en una cuadrilla de cuatrocientos hombres cuyo contratista se fugó con la paga, dicen que en complicidad con el pagador del ingenio y con el jefe de puesto de la rural, quien lo habría sacado del batey del ingenio en el maletero de su auto, llevándonos ocho semanas de trabajo de sol a sol). Pero teníamos en común David y yo, de la niñez, un recuerdo muy importante. En diferentes épocas, los dos habíamos sido alumnos del padre Ortiz: él en los Escolapios de la Víbora y yo en los de San Rafael y Manrique, en un curso que mi vida telenovelesca me impidió completar y en el que tuve por condiscípulo y amigo, entre otros, al luego narrador y periodista Jesús Abascal. Descubrir este parentesco portentoso nos convirtió en conocidos de siempre cuando por fin nos encontramos; fue como si toda la vida nos hubiésemos estado buscando para sentarnos a hablar del padre Ortiz, que lo había odiado a él también.

Sucedía esto en 1961, cuando todo era entusiasmo, el día de mañana aún existía y morir por la Revolución era entonces la victoria, la medalla secreta que todos buscábamos. De veinte años recién cumplidos, el miliciano David Chericán, que tenía una Luger que después cambió por una P-38, no le perdonaba a los americanos que no acabaran de venir, eso lo había tomado como una afrenta personal. Ocupaba el cargo de secretario de organización en la intervención revolucionaria de la Asociación Cubana de Artistas, con la heroína de la Sierra, Violeta Casals, como presidenta; y yo, que en ese momento era jefe de prensa y asuntos culturales del Capitolio Nacional, había ido a solicitarle talentos para mis espectáculos en el frente del Escambray, adonde me hallaba desde el 2 de enero con las Bibliotecas Viajeras del Capitolio, dejando libros en los campamentos, proyectando películas, organizando espectáculos artísticos los fines de semanas y repartiendo el material de la Campaña de Alfabetización que empezaba a tener lugar en el país. Como también debía enseñar a los instructores a manejar el material que después ellos harían circular por cercos y trincheras entre los alfabetizadores, a veces me sorprendía la alta noche por las montañas, corriendo el peligro de que me dispararan lo mismo los alzados que los milicianos; pero yo era inmortal, tenía un sueño, acababa de salir de la pobreza, y como nunca me acertaron los tiros, terminé acostumbrándome. Por fin, el ministerio de Educación nombró un coordinador para el Plan Especial de Afabetización del Escambray, y a mí me asignaron una nueva comisión, esta vez en Turiguanó, con el comandante Manuel Fajardo Sotomayor, uno de los 12 hombres de la Sierra. Para entonces, con la ayuda de David, había hecho yo desfilar por los campamentos del Escambray (adonde por esa época hubo hasta setenta mil milicianos y nunca menos de treinta mil) a decenas de artistas, poetas y músicos, entre los que, de manera muy especial, por haber sido los más asiduos, recuerdo al Indio Naborí con su declamadora, la joven y vibrante Alicia Fernán, el compositor Saborit, a la cantante Radeunda Lima y su hermano el famoso laudista, al tenor Rafael Aquino, el guitarrista Aguilar, a los hermanos Riquelme, Severino Puentes, el *Niño de Pijirigua*, el laureado director de televisión Humberto Bravo, Teté

Blanco, Pilín Vallejo, el grato, buena persona y excelente actor cómico Amador Domínguez. Navarro Luna con su voz de oro, su saco de ocurrencias y su carnal Fornés Farreres, uno de los numerosos españoles que al cese de la guerra civil vino a recalar en Cuba, y el propio David entre otros y otros y otros. Gladis García (Marel), una de las jóvenes legendarias de la insurrección, y Manolo Suzarte, su esposo de entonces, en esos días al frente del Capitolio, me los recepcionaban y yo allá en la serranía me encargaba del resto.

Qué días. Hoy todo eso parece una película, parece algo que le sucediera a otro y que uno vanidosamente ha incorporado como suyo, o algo que nos sucedió en otra vida. Pero no es de esa nostalgia, al menos no completamente, de la que me proponía hablar al reunir en el recuerdo a Brando y a David, sino de otra cosa. De algo que a raíz del adiós, años atrás, de otro de los mitos de nuestra juventud, resumió él en casa una noche diciendo que el mundo estaba quedándose vacío. Lo dijo como quien mirara vaciarse un reloj de arena que hubiese perdido su segunda parte. Hablaba, claro, de nuestro mundo; del mundo de nuestra generación. Aquel mundo, un día tan lleno de dioses, como de estrellas el cielo en las noches del verano en campo abierto, y entre los cuales, encabezado por Picasso, Einstein, Chaplin, Joe Louis, Neruda, Fleming, Faulkner, Gagarin y Babe Ruth, había estado él en casa esa noche pasando la procesión extranjera integrada por cuanta rama del ingenio y la hazaña humana nos venía a la mente. Teníamos una botella de ron peleón al lado, teníamos hielo, teníamos dos vasos, y todavía al terminar la botella seguíamos mencionando nombres. Es natural. Inevitables, detrás de las personalidades extranjeras, acudieron las nacionales, las figuras y voces que en enero del 59 llenaban la escena cubana imprimiéndole variedad y autenticidad y, en algunos casos, excelencias de primer grado en el panorama mundial. Voces de escritores, pintores y escultores, arquitectos, músicos, gente de la farándula, deportistas, sacerdotes, periodistas y políticos, que, en algunos casos, por haberlas estado uno oyendo mencionar desde niño, se nos antojaban tan remotas, tan antiguas (y aun necesarias) como el descubrimiento del Nuevo Mundo sin el cual nosotros no seríamos nosotros. Lista impresionante por su número, que recordada así a la carrera, parecería a quienes llegaron después estar frente a un Directorio del Aburrimiento¹. Pero voces, figuras

¹ Por lo que sólo como curiosidad y por fidelidad al recuerdo de aquella noche citaré en parte. En la literatura y las artes: Alicia Alonso, Carpentier, Lezama, Virgilio, Baquero, Guillén, Mañach, Marinello, don Fernando Ortíz, Ramiro Guerra, Florit, Eliseo, Fina García Marruz, Cintio, Lorenzo García Vega, Rodríguez Santos, Novás Calvo, Labrador Ruiz, Edith García Buchaca, Raúl Roa, Carlos Rafael Rodríguez, Portell Vilá, José Antonio Portuondo, Chacón y Calvo, Rodríguez Feo, Rafael García Bárcena, Le Riverand, Lydia Cabrera, Montenegro, Salvador Massip, Sara Isalgué, Leví Marrero, Moreno Friginals, Núñez Jiménez, Cabrera Infante, Onelio, Regino Pedroso, Serpa, Pita Rodríguez, Dulce María Loynaz, Agustín Acosta, Tallet, Navarro Luna, Núñez Olano, María Villar Buceta, Loló de la Torriente, Carballido Rey, José Angel Buesa, Carilda, Pura del Prado, Dora Alonso, Iris Dávila, Rafael Esténger, Enma Pérez, Chanito Isidrón, Francisco Riverón Hernández, Lam, Cundo, Portocarrero, Milián, Carreño, Mariano, Víctor Manuel, Pogolotti, Rigol, David, Arroyito, Prohías, Servando, Nica Eiriz, Acosta León, Fayad, Consuegra, Antonio Vidal, Oliva, Posada, Cárdenas, Gelabert, Rita Longa, Jilma Madera, Ricardo Porro, Arroyo, Quintana,

cuyas opiniones —sobre todo en el caso de los políticos—, aparecidas, bien en forma de columnas habituales en periódicos y revistas, o de declaraciones desde la radio, la televisión o la tribuna, fueron, en aquellos días en que faltara el hospital y la escuela y existía el desalojo, pero podía sin embargo hablarse de eso, faro y brújula, estrella Polar para orientarse —y participar— en el gran debate nacional de cada día, ese diálogo de todos que empezado en el Congreso terminaba en el barrio, y al revés, registrando todos los matices, todos los intereses, y, como de costumbre en todos los tiempos, excepto que viniera de Palacio, provisto de la pasión y el color de lo que no ha sido aprendido en un texto oficial. Voces que a veces fueron silenciadas, es verdad, cuando con la suspensión de las garantías constitucionales entraba en vigor la censura; y aun en un gobierno democrático —período de MacCarthy—, clausurada una emisora y cerrado un periódico, puede suponerse de quién. Pero fuera de estas eventualidades, nada grave. En tiempos de Machado, a Carpentier y a Mañach los condenaron a seis meses de presidio en el Castillo del Príncipe, fecunda prisión que ambos aprovecharon, uno para escribir una novela, y el otro, una biografía de José Martí. Batista mismo, en cuya segunda dictadura tanta gente moriría asesinada, no pudo impedir que a la figura principal del asalto al cuartel Moncada el 26 de julio, donde tanta sangre corriera, le impusieran solamente quince años de prisión, quince², o

Romañach, Benny Moré, Celia Cruz, Esther Borja, Pérez Prado, Jorrín, Richard Égues, Rey de la Torre, Lecuona, Julián Orbón, González Manti, Gonzalo Roig, Ardévol, Harold Gramatges, Leo Brower, Miguelito Cuní, Joseíto Fernández, Bebo Valdés, Argeliers León, Barbarito Diez, Olga Guillot, Celina, Marta Pérez, Álvarez Mera, Blanca Rosa Gil, Blanquita Amaro, Ninón Sevilla, Rosita Fornés, María de los Ángeles Santana, Bola de Nieve, Edgardo Martín, Natalio Galán, Hilario González, María Teresa Linares, Luis Carbonell, César del Campo, Germán Pinelli, Enrique Santiesteban, Leopoldo Fernández y Anibal de Mar, Garrido y Piñero, Raquel Revuelta, Violeta Jiménez, Guillermo Álvarez Guedes, Miravalles, Gavilán, Miñoso, Amorós, Formental, Conrado Marrero; y en la política —esa parte más dinámica de la lista, autora de todos los milagros—, de nuevo Mañach, Marinello, Herminio Portel Vilá, Raúl Roa y Carlos Rafael Rodríguez, además de Pardo Llada, Blas Roca, Lázaro Peña, Ramón Grau San Martín, Roberto Agramonte, Bisbé, Cepero Bonilla, Aldereguía, Emeterio Santovenia, don Cosme de la Torre, Ichazo, Rubén de León, Santiago Álvarez, Francisco Riverón Hernández, Joaquín Ordoqui, Manuel Márquez Sterling, Jorge Quintana, el general independista Loynaz del Castillo, la presencia todavía movedora de montañas de los ausentes Eduardo Chivas, Pelayo Cuervo Navarro y Jesús Menéndez, Aureliano Sánchez Arango, Salvador García Agüero, Severo Aguirre, Más Martín, Angel Boán Acosta, Félix Lancís, Segundo Curtis, Primitivo Rodríguez, José María de la Aguilera, Odón Alvarez de la Campa, Sergio Carbó, Humberto Medrano, Enrique de la Osa, los Torra (León y Jacinto), Ramón Vasconcelos, Honorio Muñoz, Conrado Rodríguez, Conrado Bécquer, César y Aníbal Escalante, Carlos Manuel Palma, Agustín Tamargo, Eusebio Mujal, Manolo Alonso, Luis Gómez Vanguemert, Pepín Rivero, Guido García Inclán, Miguel Angel Quevedo, el Cardenal Arteaga, monseñor Pérez Serantes arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Alfredo Muller, Alfredo T. Quilez, Rufo López Fresquet, Tito Hernández, Roblán, Anselmo Alliegro, Félix Ayón, Luis Manuel Martínez, el ex alcalde Castellanos, Francisco Carone, Chelala Aguilera, don Clemente Inclán, Martínez Sáenz, Felipe Pasos, Lechuga, Eduardo Corona, Vicentina Antuña, Mariblanca Sabas Alomá, Pastorita Núñez, Pincho Gutiérrez, y tantos que ahora escapan a la memoria, amén del conjunto de organizaciones de la sociedad civil con su pujante y arrolladora fuerza.

² Condena que reduciría a veintitún meses una generosa amnistía promovida precisamente por los nombres de aquella mágica lista cuyos equivalentes han sido en todo tiempo y lugar (lección muy bien aprendida por el actual gobierno cubano, según parece) los que movilizan a las masas, los que crean estados de opinión.

sea, cinco años menos de los que hoy cumple el poeta Raúl Rivero por escribir, por salirse del coro, por hacer periodismo, aunque sin arremeter con la artillería pesada de un Michel Moore en *Fahrenheit 9-11*, documental que aquí en Cuba está siendo proyectado con gran promoción de prensa, como prueba a la vista de lo malo que es el presidente Bush (que lo es), pero sin advertirnos que el señor Moore, no obstante siendo norteamericano, no ha sido fusilado ni está preso ni ha tenido que huir al extranjero.

Pero volvamos a aquella noche de mi cuento que tan caro podría costarme. No eran todavía Premios Nacionales de Literatura los un día encartados (o involucrados más tarde) en el célebre caso Padilla que decidieron permanecer en el país, todavía no se había llegado a tan extrañas generosidades; pero después de tantos años de silencio, empezaba el Gobierno a publicarles de nuevo y en algunos casos a dejarlos salir al exterior. Virgilio Piñera, que ni la comió ni la bebió en el célebre caso que tan hondamente sacudiera a la cultura cubana, por cuanto dejaba entrever lo que con los pelos erizados venían intuyendo algunos desde que en el 68 los tanques soviéticos irrumpieran en Praga, pero que a partir de entonces se vio condenado a traducir textos que le estaba prohibido firmar, y que murió de miedo, empezaba a ser una de las dos figuras emblemáticas de las letras cubanas, tanto para la exportación como para el consumo local. La otra deidad era José Lezama Lima, que también vivió vigilado hasta que murió. E interminables, en procesión de fantasmas salidos del olvido, recuerdos convocados por quién sabe cuál clarín misterioso que se lleva adentro y de repente comienza a sonar llevando a unos al suicidio, a otros a tomar una balsa, y a otros a envejecer de un minuto para otro, seguía aumentando la resonante lista de personalidades con voz propia que rememorábamos David y yo en aquella noche de nostalgias, la impresionante lista de nombres de aquellos remotos días míticos dominados por el imperio de la individualidad que fueran los de su niñez y primera juventud, y también los míos. Figuras, nombres a cuya interminable lista aportaría la revolución triunfante en enero tres fundamentales.

Dos de ellos, Camilo y el Che, desaparecieron casi enseguida, y el resto de la interminable lista, también. Los que no tomaron el camino del exilio, que fueron los más, desaparecieron por causas naturales o porque no pudieron adaptarse, o porque, sepultados por la avalancha de las nuevas condiciones, fueron convertidos en multitud o, más afrentosamente, en coro. Y de todo aquel antaño vocerío de un día, cuyo eco perduraba en los oídos de nosotros los de entonces, o por lo menos de nosotros dos los de esa noche, ahora quedaba el recuerdo, el recuerdo, tan sólo el recuerdo, y una voz. Una. Estábamos llorando por el mundo que se fue —por las partes doradas del mundo que se fue— y por la oportunidad de perfeccionarlo que nos perdimos. En una noche así, observó David alzando la botella para mirarla a la luz de la lámpara, extrañado de cuánto había bajado, en una noche así debió Vallejo escribir aquel texto en el que tras evocar a sus muertos de la infancia, de manera muy especial a Rayo, «el perro de mi altura», genialmente le puso punto final diciendo: «Murió mi eternidad y estoy velándola».

No era del todo nuestro caso. Por más universal, en nuestro velorio de esa noche de los 90 existía algo que falta en el velorio de Vallejo. En el del peruano todo es luto, sentimiento, derrota personal, como el propio Vallejo, que nació para vivir como Cristo antes de subir al cielo. También en el de nosotros. Pero lágrimas aparte por los tragos y por todo lo que ni borracho se atrevería uno a decir, en nuestro velorio existía el lujo, la pernicioso vanidad de haber viajado por un rato en el mismo tren de los héroes de nuestro tiempo, la satisfacción, la gloria de haber vivido en el siglo de los siglos, el siglo en el que, catástrofe o gloria, sucedió casi todo lo que una vez fuera considerado fantasía, locura, sueños de viciosos de *Las mil y una noches* u horror extraído de las novelas de Orwell —ese otro alfombronauta sin redención posible que quién en la Cuba de antes del 59 podría haber tomado en serio—. Haber sido testigo de tales acontecimientos, y en ocasiones haber estrechado la mano o conocido muy de cerca a alguno de los legendarios que en Cuba o fuera de ella abrieron al mundo las puertas de un nuevo mundo, así en las ciencias como en la política, así en la literatura y las artes como en el deporte, haber tenido semejante privilegio, es una nostalgia que obviamente no pudieron experimentar las generaciones que nos antecedieron. Y, claro, quien lo ha vivido lo sabe: después de haber visto pasar a los que volvieron con el Vellochino, todo lo demás es aburrido o suena a falso. Injustamente, algo así dije esa noche.

Después murió Jorge Luis Borges y murió María Félix, murió el propio David y ahora ha muerto Marlon Brando. Sin embargo —paso a explicar mi injusticia—, aunque ya sin poder incorporarlos como parte fundamental de mi ser, surgieron entre tanto nuevos dioses en todo el mundo, aparecieron ídolos que después serán mitología o lo están siendo ya ahora mismo para otros que a su vez les contarán a los que vengan después este cuento mío que en lo fundamental, saltando algunas partes, ha sido el cuento de todas las edades. Porque siempre estarán pasando los que volvieron con el Vellochino. En Cuba mismo, donde, si bien con la lengua atada en tanto actores sociales, o repitiendo un discurso en el que no pueden creer, ha habido una renovación que en algunos casos promete no desmerecer —y en otros nos desmerece ya— la pica puesta en Flandes por los Picasso, los Lezama, los Kid Gavilán, los doctor Salk y los Buñuel de mi tiempo. Todavía lo mejor está por suceder, y lo estará siempre, porque siempre, en todas partes, habrá uno mejor que el argonauta de ayer inscribiendo su nombre en la lista de mañana. Entre esos desconocidos de entonces o entre los que ahora mismo han permanecido en nuestro país esperando su hora para darse a conocer, no faltará, en literatura, la voz desprejuiciada e inteligente, que al hacerle justicia al hoy olvidado David Chericían, aquel poeta que yo tanto odié y quise, tal vez deje explicado el misterio del leopardo hemingweyano cuyo esqueleto seco y helado fue encontrado en la cima de Bogotá, digo, del Kilimanjaro.